DIOS DE TERNURA

LA TERNURA DE DIOS ES LA FUENTE DE NUESTRA ALEGRÍA

En el contexto de la Resurrección de Jesús, que significa el triunfo del Amor sobre el mal, presentamos un texto de esperanza en medio de las dificultades de la vida.

Se comienza a percibir la vida desde otro referente: el Dios de Jesús, el Padre, fuente de la Vida que se nos da por el Hijo y que, con el Hijo, nos da su Espíritu de fortaleza, que se identifica para siempre con los crucificados de la historia y con nuestros propios límites y dolores, no es un dios apático, sino que es un Dios implicado en la suerte de sus criaturas; es un Dios Comunidad de Amor que abre futuro, que desactiva el fatalismo provocado por la persuasión de que no hay otra salida que adaptarse al mundo presente haciendo de la muerte el único referente. Asumir la Vida es lo que impide que nos adaptemos acríticamente al mundo presente. La Resurrección no anula ni el

viernes ni el sábado santos; éstos no se borran ni se diluyen, porque entonces viene el cinismo. Al contrario, porque el Resucitado es el Crucificado, y no otro, mantenemos el recuerdo de que el Eterno es Misericordia y ternura (oración inicial de la liturgia del viernes santo). La alegría está en el corazón del Dios que siente ternura por sus criaturas. La ternura de Dios es la fuente de nuestra alegría, no está en otra parte.

Recuerdo algo de lo escrito en *Salgamos a buscarlo* (Cuadernos "Aquí y ahora" Nº 21, Sal Terrae, Santander, 1992):

No puede tratarse de una ilusión. La ilusión no dura tanto como para mantener día a día, durante muchos siglos, tantas prácticas de ternura, misericordia y justicia. Al igual que la historia no puede ser leída en clave de los vencedores, la historia de la comunidad cristiana no puede ser leída sólo desde sus incoherencias y falta de fidelidad a su Señor. La historia de la comunidad cristiana manchada de barro y de sangre es también la historia del derroche de misericordia del viviente. Es necesario recuperar la historia de aquellos testigos que con su vida construyeron espacios

de justicia, ternura y misericordia donde los excluidos encontraron y encuentran sitio.

Al Viviente es posible encontrarlo. Se le encuentra allí donde hay capacidad de acogida ("quédate con nosotros que la tarde está cayendo"), donde no se vuelve la espalda al hermano. Se le encuentra allí donde se da la capacidad de compartir el pan y la palabra, porque hay capacidad de compartir panes y palabras ("lo reconocieron al partir del pan").

La confianza en el viviente nos abre al futuro con esperanza y realismo. No negamos nada de la dureza y brutalidad de la realidad que vivimos. Nuestros contextos de Cuarto mundo tienen mucho de viernes y sábado santos. Abrirnos al futuro consiste en no entrar en el juego de la muerte y sus redes. No desesperar ante las sin-salidas. Seguir apostando por la Vida, especialmente por las vidas de aquellos que para nuestra sociedad están muertos…, o sería mejor que no existieran. Seguir seducidos por la tarea de afirmar dignidades, seguir construyendo lugares en los que se pueda compartir el techo, el pan y la palabra. Seguir aceptando el perdón, que consiste en aceptar la precariedad y debilidad de nuestra condición

humana. Es el único modo de no destruirnos unos a otros.

Con afecto, Felipe Santos

Málaga – junio- 2008

La oración de Jesús contiene dos movimientos que son la expresión de nuestra fe y activan toda nuestra vida entera, si cogemos el camino. Dos movimientos: la elevación, es decir la adoración : " Señor Jesucristo Hijo de Dios ", y el rebajamiento en la toma de conciencia de mi impotencia natural a constituirme dueño de mi vida: "Ten piedad de mí pecador. "

Nuestro tiempo rechaza esta manera de pensar y de ser. Para muchos, el hecho de implorar la piedad de Dios y sobre todo reconocerse pecador lleva comportamientos de culpabilidad y se abaja y humilla a los que se instalan en tal, práctica. Se ha reprochado mucho a las iglesias manipular a los cristianos manteniéndolos así en una dependencia que les impide llegar a adultos y de construir su identidad.

¿Qué hombre, qué género de vida puede forjar la "Oración de Jesús " ?¿Por qué estas palabras: "Ten piedad de mi pecador " ?

Detengámonos durante algunos instantes y cerremos nuestros ojos para decir muy lentamente: "Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí pecador. " ¿Qué eco producen estas palabras en mí? ¿Cuáles son mis reacciones?...

Dejemos ahora de lado lo que la oración ha hecho quizá subir en nosotros como una rebelión o cólera, sin por eso rechazar nuestros sentimientos; intentemos callar por un momento nuestras ideas preconcebidas o nuestras connotaciones morales, para ofrecernos la chance de entrar en la experiencia de cada palabra,

Así como le hemos intentado ya en el primer movimiento de la oración. Para hacer eso, repitamos con el rey David las palabras del salmo 51, y entraremos en la clave y en el espíritu de la Oración de Jesús: *Ten piedad de mí, oh Dios, en tu bondad, según tu gran misericordia limpia mis transgresiones. Lávame completamente de mi iniquidad y purifícame de mi pecado.*

En la Biblia, implorar la piedad de Dios, es implorar al Ser mismo de Dios, este Ser que el Padre Celeste reveló a Moisés por su pueblo, y que encarna el Señor Jesucristo por su vida misma

Y su enseñanza. Israel puede implorar la piedad de Dios, pues él la ha experimentado de generación en generación :

Tú eres un Dios presto a perdonar; compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en bondad, y no los abandonas, incluso cuando hicieron un ternero fundido... En tu inmensa misericordia, no los abandonas en el desierto... Les das tu Espíritu para hacerlos sabios, no rechazas tu maná en su boca y les proporcionas agua para su sed... (Ne 9,17-25).

Dios no tiene para el hombre una piedad condescendiente.

Está en relación con cada uno de nosotros en particular, inclinado sobre cada uno con la misma solicitud. Salva al hombre, lo libera, de cualquier sufrimiento que se encuentre. Israel puso su fe en esta certeza que le permite de no caer nunca en la sombra de la desesperación:

Reviens vers nous, Seigneur ne tarde pas !
Ten piedad de tus siervos.
Cólmalos desde la mañana con tu misericordia,
estaremos todo el día en la alegría y el júbilo. (Salmo 90,13-14)

La misericordia divina une el cielo a la tierra, es el fermento de la alianza entre Dios y el hombre, alianza que Dios ha sellado eternamente en las entrañas de María, la Madre de Dios: *Y su misericordia se extiende de edad en edad en los que le temen* (Lc 1,50). Jesús, " Dios salva", *es* la revelación en plenitud de la ternura misericordiosa del Padre con sus hijos que somos nosotros.

El mismo Señor Jesucristo hace experiencia de la piedad divina, del amor compasivo con los que le imploran:

Y mirad: dos ciegos sentados al borde del camino escucharon que Jesús que Jesús pasaba y gritaron: " Ten piedad de nosotros, Hijo de David! " Jesús los llamó y dijo: " ¿Qué queréis que haga? "Le dijeron: " Señor, que veamos. " Conmovido de compasión, Jesús tocó sus ojos y en seguida recobraron la vista y lo siguieron (Mt 20,30-34).

Y lo siguieron...en Cristo, la piedad divina nos coloca en una tensión de esperanza que jamás puede dudar de la presencia amorosa de Dios en nuestra vida, ni del sentido mismo de nuestra vida que es Cristro

mismo, así como testimonia san Pablo.

Hay otros episodios en el Evangelio, donde descubrimos a Jesús conmovido, lleno de piedad, curar a los enfermos, expulsar demonios, resucitar a muertos. Releamos estos pasajes que abrirán nuestros propios corazones al espíritu de compasión: Marc 1,41 ; Marc 9,22 ; Luc 7,13-14. La piedad divina es amor activo, creador, que hace pasar de la muerte a la vida. Pero este pasaje no puede realizarse nada más que en el perdón divino que da el pleno sentido a la misericordia divina.

En el Antiguo Testamento, encontramos estas palabras divinas que estremecen las entrañas: *Un corto instante, te había dejado, en una inmensa piedad, voy a unirte a mí, ...con un amor eterno tendré compasión de ti, ...cuando las montañas se alejen, cuando las colinas desafíen, mi amor no se alejará de ti, ...dice el Señor que tiene compasión de ti* (Is 54,7-10).

Sin cesar Israel peca traicionando a su Dios, sin cesar Dios ofrece su perdón a causa de su Nombre*: a* causa de lo que es para el hombre, el Dios loco de amor reanuda la

alianza rota y permite así a su pueblo una nueva etapa, una nueva subida, en la vuelta hacia él que es la Vida. Cristo Jesús es la revelación del perdón brotado del corazón de Dios. A través de las curaciones que opera, Jesús, Dios hecho hombre, nos permite comprender que no puede soportar que muramos paralizados en el torno de nuestros pecados. Nuestros sufrimientos, nuestras enfermedades derivan de nuestra naturaleza pecadora y nos conducen a la muerte, y eso es insoportable para el amor divino. Por eso el *Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que*

estaba perdido (Lc 19,10) al recibir de su Padre el poder en la tierra de perdonar los pecados (Mc 2,10).

Sólo Jesucristo puede perdonar los pecados, es decir darnos la vida, porque ha compartido nuestra vida pecadora al hacerse solidario de nuestra humanidad pecadora, el que no ha cometido pecado. Entró en la muerte, consecuencia del pecado del hombre, y su Cruz es la prenda de su perdón: *Padre, perdónales; no saben lo que hacen* (Lc 23,34).

En este contexto, la Oración de Jesús va a despertar en nosotros a la vez el *recuerdo de Dios, el* Señor de vida que perdona, y el recuerdo de la muerte engendrada por el pecado humano. Entonces nuestra vida podrá encontrar su sentido luminoso, pues en el reconocimiento de mi pecado que me sumerge en las tinieblas y contribuye a las tinieblas del mundo, veo la Pascua ofrecida por el perdón de Cristo crucificado que me hace entrar en la vida nueva y conduce sal mismo tiempo hacia el amor por mis hermanos. Es lo que se llama la *metanoïa, el arrepentimiento y vuelta*.

Mi vida no se agota ya dando un giro, sino que se hace feliz cuando la oriento a Dios misericordioso y compasivo, y encuentra su responsabilidad en el mundo. Así " la memoria de la muerte se invierte en memoria de Dios, que se deja morir para ofrecernos la resurrección (Olivier Clément).

El que se aventura por el camino de la Oración de Jesús se sabe enfermo, dividido, fuera de sí mismo, ve su pecado sin culpabilizar pero sin ocultarlo. No basta decir " Ten piedad de mí pecador " para curarse, pues la fórmula no es mágica,

Sino tomar conciencia de lo que, en mis pensamientos, mis miradas, mis palabras, mis acciones, me aleja de Dios, es decir me vuelve enfermo. *Con son los sanos los que necesitan curación sino los enfermos* (Mc 2,17).

¿Qué quiere decir para mí: estar enfermo, por tanto pecador? No vamos a dar la definición de la palabra pecador, sino intentar acercarnos a la realidad que podemos experimentar. Si pudiéramos simplemente describir el pecador de la Biblia, yo que soy pecador, diríamos que es él quien se equivoca de camino,

el que rompe la vía de la alianza trazada para él por Dios y que, por espíritu de independencia, se aventura solo por otros caminos, hacia un destino que sólo lleva a la muerte. De aquí estas llamadas desesperadas, estos gritos de angustia del pueblo hebreo, pero al mismo tiempo estas peticiones de perdón, todas llenas de la esperanza de la liberación.

Oh Dios mío, tu conoces mi locura y mis faltas no se te ocultan...Pero yo, Señor, te dirijo mi oración... Respóndeme, Señor, pues tu misericordia es ayuda, en tu inmensa compasión,

Mira hacia mi... Acércate a mi alma y rescátame (Salmo 69).

Sólo se peca contra Dios. Pero seamos claros: nuestros pecados no ofenden a Dios de la misma manera que nuestras faltas ofenden a nuestros hermanos; no, el pecado no es ante todo una actitud que niegue la moral, afecta a lo sagrado mismo de la vida que Dios nos ha insuflado. Desde la caída, desde que Adán rechazó obedecer a Dios, es decir de tender el oído hacia la voluntad divina para recibirla de Dios, pues no hay hombre que no peque, lo que hace decir a san Juan Evangelista:

Si decimos: no hemos pecado, nos equivocamos y la verdad no está con nosotros (1 Jn 1,8).

Herederos de Adán por nuestra humanidad, nacemos pecadores, pero Dios que es la Libertad nos ha creado libres a su imagen, así no estamos obligados a pecar. Nuestras relaciones con Dios pueden vivirse en un principio de libertad. Cuando nos apoyamos en esta libertad para pecar, rechazamos a Dios. Es el aspecto mortífero de nuestra libertad; pero esta misma libertad es el trampolín de nuestra vuelta a Dios.

Nuestra libertad es un regalo de amor de nuestro Creador. " Dios puede todo salvo oprimir al hombre, dicen nuestros Padres, pero ser a su semejanza sólo le pertenece a ellos por un gran amor que se han unido a Dios su libertad. "

Nuestro camino de vuelta a Dios, nuestra *metanoïa,* no puede realizarse nada más que en el amor, por eso la Oración de Jesús se llama también "oración del corazón ". No hay parábola más luminosa que la del “hijo pródigo” para aclararnos sobre el devenir de este hijo que soy yo y

Exclama a su Padre: " Ten piedad de mí pecador. "

Releamos esta parábola (Lc 15,11-52) e intentemos entrar en la piel del hijo que abandona a su padre, para descubrir con el hijo pródigo los medios y las condiciones del regreso...

Soy este hijo que se va a un país extranjero, es decir fuera de mi corazón. Disipo la vida que he recibido de Dios. Animado por mi propia voluntad, olvido a Dios, pongo mi esperanza en los hombres y sólo cuento con los alimentos terrenos para vivir.

Me convierto en avaro e ingrato al considerarme propietario de los dones y riquezas que Dios me prodiga. Ahora bien, la planta más bella se seca sino se riega: cortado de mi Dios, soy una tierra seca y sin agua (Salmo). Pero en el fondo de mí, lo mejor de mí gime y se acuerda: En las orillas de los ríos de Babilonia, estábamos sentados y llorábamos acordándonos de Sión*...Salmo 137,1*).

Al igual que el hijo pródigo, llevamos en nosotros la memoria de la paternidad divina, las palabras que el Padre celeste ha pronunciado y de las que sus hijos

se acuerdan de generación en generación. En el seno mismo del desarrollo, de la miseria, a donde me conduce, el Espíritu Santo susurra: " Vuelve, vuelve! "...

Planteo mi primer paso en el camino de vuelta cuando, movido por el Espíritu Santo, enumero mis desvaríos, mis exigencias, mis traiciones. Luego entro en esta aceptación: " Soy pecador, Señor, ten piedad de mí! "

Cuando estén en el país de sus enemigos, no los rechazaré (Lv 26,44). Sé que puedo sin miedo volver al Padre, sé que me ve desde lejos,

Es decir, a donde estoy, tal como soy. Me acuerdo que ya sus entrañas maternas se conmueven: *¿No tiene una mujer piedad del fruto de sus entrañas?* (Is 49,15).

Y luego me tomará en sus brazos, como me lo enseña la parábola, sin reproches, sin castigarme y ordenará un día un día de fiesta para anunciar mi resurrección. Sí, mi corazón puede experimentar la alegría de esta vuelta a la vida sin dudar, pues *si alguien llega a pecar, tenemos como un abogado junto al Padre Jesucristo, el Justo. Es él quien es la víctima de propiciación por nuestros pecados,*

no solamente por los nuestros sino también por los del mundo entero (1 Jn 2,1-2).

"Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí pecador "

En nuestra vuelta a nosotros mismos, no ocultamos al hijo mayor de la parábola, que rechaza participar en la fiesta organizada por su padre para su hermano resucitado y al que el padre dice: *Todo lo mío es tuyo. Estamos bautizados, revestidos de la luz de Cristo*, pero muy a menudo nuestras vidas no son el reflejo de su luz.

Sin embargo se va a la liturgia, se casan por la iglesia, se bautizan los niños, se estudia teología, o se hacen obras de caridad... Pero el sufrimiento de nuestros hermanos no nos conmueve, sus combates por la vida, sus victorias no nos interesan. Nuestros corazones se secan, de algún modo somos fariseos orgullosos de sus tradiciones, de su rito, de su herencia. Nos consideramos como los únicos justos a los que vienen las gracias divinas, olvidamos cuán importancia tiene la oveja perdida para el Señor. *Hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se arrepienta que por 99 justos que no*

necesitan arrepentimiento... (Lc 15,7).

Por mi egocentrismo, mi vanidad, mi ingratitud:

" Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí pecador "

Presentimos el impacto que la Oración de Jesús puede tener en nuestra vida si decidimos tomar el camino. Va a bascular nuestra vida interior y exterior, llevándonos a otra mirada sobre nosotros mismos, sobre el mundo, los hermanos y la Iglesia.

" Es eficaz y más incisiva que una espada de dos filos, penetra hasta el punto de división de la ingle y del espíritu; articulaciones y médulas, puede juzgar los sentimientos y los pensamientos del corazón. No hay profundidades de nuestro espíritu que quede invisible ante ella, pues a su luz, todo está desnudo y descubierto " (Archimandrita Sophrony, *Su vida es la mía*, p. l67).

La Oración de Jesús es también un arte. Así: *El hombre descenderá a la profundidad de su corazón y Dios mostrará su gloria* (Salmo 64,8).